

**F  
O  
R  
M  
A  
C  
I  
Ó  
N**



**EVANGELIZAR EL MUNDO DE LA ENFERMEDAD**

**“ID Y CURAD” TEMA 11º**

**José Antonio Pagola**

**D  
E**

**VISITADORES DE ENFERMOS**

## LA ENCARNACIÓN GESTO SALVADOR DE DIOS. IV

**1.- Hacia una valoración cristiana del acto médico:** Una visión falsamente espiritualista puede conducir a la Iglesia a no valorar debidamente el significado salvífico del acto médico, considerándolo como una actividad orientada al fin y al cabo a curar solamente el cuerpo, sin preocuparse del alma y de lo espiritual. Una comprensión más profunda de la salvación “cristiana”, como “salvación corporal”, puede ayudarnos por el contrario, a valorar mejor el acto curador y a entender de manera más adecuada la asistencia religiosa dentro de un servicio integral al enfermo.

Los avances de la ciencia médica y el desarrollo de la técnica sanitaria no han de oscurecer el objetivo básico del acto médico, que no es, sino el de “ayudar al enfermo siempre y curar cuando es posible”. El papel del profesional de la salud es el del “hombre ayudador” del ser doliente. Ser terapeuta significa servir al enfermo. Esto no significa ningún desprecio a la técnica médica, ni al quehacer profesional. Se trata de elevar esa labor a su nivel más humano, poniéndola al servicio de ese hombre doliente que es el enfermo.

Pero el enfermo, como todo ser humano, es una “totalidad integrada”, es “todo el cuerpo animado por el espíritu”. “Todo el espíritu encarnado”. La medicina sirve a un cuerpo enfermo, pero ese cuerpo es medio de expresión, de acción y comunión del enfermo. Es un cuerpo portador de valores, posibilidades y también limitaciones. Un cuerpo relacionado con otros hombres, con una comprensión de sí mismo y del mundo, con una trayectoria personal, con un proyecto de vida y con una responsabilidad ante su propio destino.

Por eso servir al cuerpo enfermo, buscando su alivio, cuidado y curación es, de alguna manera, servir al hombre entero y hacer más posible su salvación integral. El cuerpo humano es lugar donde se expresan, se viven y se condensan todas las experiencias humanas: el dolor, el placer, el amor, la libertad, la debilidad y la fortaleza, la desesperación y la esperanza. Todo se hace experimentable en el cuerpo humano. También la fe y la esperanza cristiana de la salvación. “Sin experiencias corporales de felicidad no tendríamos motivaciones ni esperanzas”. En la medida en la que el cuerpo siente la ayuda amorosa de los demás, en esa misma medida puede despertarse en el enfermo la confianza en la salvación anticipada ya en este mundo corporal.

La actuación de Jesús con los enfermos es una invitación a comprender el acto curador con esa hondura. Al curar físicamente a los ciegos, les ayuda a orientarse mejor en su existencia, encontrando el camino de su vida.

Al curar a los leprosos les libera de la exclusión y les reincorpora a la familia y al pueblo de Dios. De todo esto se siguen dos consecuencias:

1ª– El cristiano ha de valorar en todo su contenido humano y cristiano el esfuerzo de la medicina por luchar contra el dolor y por curar los cuerpos.

2ª– Hay que superar un visión raquílica de la curación del enfermo y abrirse a todo aquello que pueda curar integralmente el enfermo: asistencia psicológica, familiar, espiritual, social, etc ... En concreto, lo mismo que la fe cristiana ha de valorar el cuidado del cuerpo, la medicina ha de valorar debidamente la asistencia religiosa y espiritual, marginada muchas veces como algo de importancia secundaria. Toda persona de cualquier creencia tiene derecho a ser atendido en sus demandas y necesidades de orden espiritual.

**2.– Valor salvífico del cuerpo enfermo.** La enfermedad, el envejecimiento y la proximidad de la muerte son las experiencias que mejor nos revelan que somos cuerpo. No decimos que **el cuerpo** tiene una enfermedad, como si fuera algo ajeno a nosotros, decimos: **“yo estoy enfermo, yo estoy envejeciendo, yo me voy a morir”**.

El enfermo es un cuerpo herido, debilitado, dañado, envejecido. Pero ese cuerpo maltrecho, doliente, tal vez agonizante, sigue siendo el gran medio de expresión y de encuentro con los demás. A través de su mirada, sus ojos suplicantes, su rostro marcado por el sufrimiento, sus gritos de dolor, sus quejas, sus lágrimas o su respiración entrecortada, el enfermo se revela y se comunica con los que le rodean. Más aún, por encontrarse en una situación límite sus gestos y su cuerpo doliente adquieren una fuerza expresiva más fuerte de lo normal.

En la encarnación se nos ha revelado la capacidad última que encierra el cuerpo humano como instrumento de acción: el cuerpo puede ser instrumento de redención. La realización de ser humano no está en huir del cuerpo y de lo carnal, sino en la orientación de la corporalidad al servicio del amor redentor. En Cristo se nos revela que todo puede ser instrumento de redención, incluso lo que a nosotros nos podría parecer más extraño e inútil: el dolor, la crucifixión o la muerte. La redención del ser humano no está solo en la acción, sino también en la pasión: **“Glorificad a Dios en vuestro cuerpo” ( 1 Cor. 6, 20 )**. Lo importante es la entrega, el amor, el sí de ese cuerpo al Padre y a los hermanos. Así lo sentía San Pablo: **“Viva o muera, Cristo será glorificado en mi cuerpo” ( Fil. 1, 20 )**



En la encarnación se nos ha revelado también la capacidad última que se encierra en el cuerpo humano como medio de comunión, ya que puede ser lugar y medio de comunión con Dios en la comunión amorosa con el mundo y con los otros. Aunque la enfermedad y el dolor replieguen al enfermo su propio cuerpo, ese cuerpo vivido con amor y desde el amor, se convierte, como el de Cristo crucificado, en lugar de comunión con Dios y con los demás. Sin levantarse del lecho y sin grandes palabras, el cuerpo humano puede morir, como Cristo, *“habiendo amado hasta el final”*.

El cuerpo no es, por lo tanto, el lugar donde suceden cosas sin importancia. En el cuerpo, incluso enfermo y moribundo, se expresa, se vive y alcanza su consumación nuestra existencia mortal. Los cristianos creemos en la resurrección de la carne: *“Somos ciudadanos del cielo, donde esperamos como Salvador al Señor Jesucristo, el cual transfigurará nuestro cuerpo de miseria en cuerpo de gloria como el suyo”* ( Fil. 3, 20-21 ). Resucitará nuestro cuerpo y con el nuestra vida entera. Y al resucitarlo, Dios mismo recogerá todas nuestras lágrimas y anhelos, curará nuestras heridas y aliviará para siempre nuestro dolor y nos rescatará del dolor, de la vejez y de la muerte. Lo dice el Apocalipsis con palabras inolvidables: *“Pondrá su morada entre ellos y ellos serán su pueblo y él será su Dios. Y enjugará toda lágrima de sus ojos y no habrá ya muerte, ni gritos, ni fatigas, porque el mundo viejo ya ha pasado”*. ( Apocalipsis 21, 3-4 ).

## DIÁLOGO

- 1- ¿Qué te sugiere este tema?
- 2- ¿Qué piensas de los hospitales o familiares de enfermos que no procuran cuidados espirituales a los enfermos.
- 3- ¿Qué te parece más importante el cuidado del cuerpo de los enfermos o el del espíritu?
- 4- ¿Por que se da tanta importancia al cuidado del cuerpo, según tu parecer?

